



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 23 DE JUNIO DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL PUEBLO

DE PAN Y TOROS

Momentos de verdadera angustia son éstos para la Patria. Allá en Manila un puñado de españoles, sin tregua ni descanso y sin otros elementos de combate que su heroísmo, sostiene horrenda lucha contra las hordas tagalas, mantenidas en su empeño por nuestro robarde enemigo, que incapaz de medirse con nosotros frente á frente, busca alianzas viles con los salvajes, para escarnio y vergüenza de la civilización.

Tal vez en estos momentos nuestros hermanos hayan tenido que sucumbir ahogados por el número. Tal vez resistan aun. ¿Quién sabe! La incertidumbre es tremenda.

Al mismo tiempo los heroicos defensores de Santiago de Cuba están librando el combate supremo contra el enemigo que acumula allí todos sus elementos de ataque.

En esta feroz contienda, España no tiene sólo que rechazar la bárbara agresión del pueblo norte americano, sino que ha de luchar á la vez contra los insurrectos de Cuba y Filipinas. Es decir, que sostenemos, enlazadas, dos guerras civiles y una extranjera.

Jamás pueblo alguno ha podido verse en situación más difícil, entregado á sus propias fuerzas y después de tres años de lucha y de sacrificios.

Pues bien: cuando parecía lógico que el país se mostrara extenuado y rendido; cuando después del desastre de Cavite hubiera parecido justificado el aplazamiento, lejos de suceder así, ni la vida nacional se altera ni el espíritu se abate.

Hay quien ve en esta especie de estoicismo, una indiferencia ener-

vante, síntoma de prostración y de falta de energías. Los que tal suponen olvidan el carácter y la historia de nuestro pueblo.

El pueblo de pan y toros, amargamente descrito por Jovellanos, supo levantarse en Madrid primero, y secundar después en toda España el reto lanzado por el humilde alcalde de Mostoles al coloso del siglo.

Y este pueblo de pan y toros es el que discutía en Cadiz tranquilamente una Constitución, sin cuidarse del estruendo del bombardeo; es el que cantaba en Zaragoza al terminar toda sangrienta jornada, y es el que antes y después de aquella grandiosa epopeya ha regado con su sangre generosa todos los continentes, en holocausto de su honor.

Y este pueblo de pan y toros es hoy lo mismo que ayer. Ni puede desmentir su historia ni desprenderse de su carácter.

La prueba de sus viriles energías está en los millares de hombres y en los millones de duros que ha dispuesto para la guerra. Las pruebas de su heroísmo escritas quedan con sangre en Cuba y en Filipinas.

Y las pruebas de su grandeza de ánimo, que no se abate nunca en la desgracia, están aquí, en esta normalidad de la vida, en las fiestas, en las alegrías, tal vez un momento interrumpidas, pero bien pronto reanudadas.

Es el eterno pueblo de pan y toros.

Su aparente tranquilidad no es otra cosa que la fé que tiene en sí mismo.

Espíritus reflexivos, allá en los comienzos de la presente centuria, peñan la paz con Napoleón I. Hoy también hay quien la pide con los Estados Unidos.

¡Son veces perdidas. No forman estado de opinión.

El pueblo, aun sintiendo los desastres de la guerra, no quiere la

paz, si esta paz ha de fastimar su orgullo.

¿Podrá venir tras la aparente calma la explosión furiosa? Sea como quiera, y suceda lo que suceda, tengamos fé en este pueblo de pan y toros, y que se divierta hoy para morir ó triunfar mañana, por con todo transige menos con el oprobio.

V. Moreno de la Tejera.

GLORIAS NACIONALES

Sitio de Dunkerque.
23 de Junio de 1858.

Reforzado en la primavera del mencionado año con 6000 ingleses el ejército del vizconde de Turenna y auxiliado también por 20 navios británicos conductores de otros 6000 soldados, puso sitio á Dunkerque, cerrándole toda clase de comunicaciones, tanto marítimas como terrestres.

Sabedores los españoles del asedio que sufría dicha plaza, acudieron en auxilio de sus compatriotas: mas nada pudieron hacer por ellos, pues derrotados el 14 de Junio en las Dunas, á la vista de Dunkerque, tuvieron que desistir de su empeño.

Nueve días después de esa acción víronse obligados los bravos defensores á capitular, pues agotados todos sus víveres y municiones y estenuados por las fatigas de la pelea, por no empeorar su situación acordaron rendirse; pero al saber que habían de quedar prisioneros, trataban de ponerse á salvo á través de unos pantanos próximos á la plaza, en los que perecieron el gobernador y 800 soldados, quedando los demás prisioneros.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

CORREO DE MANILA

En el último correo de Manila, venido á España por vía francesa, hemos recibido cartas del archipiélago de fechas posteriores á la del desastre de Cavite.

En general, los que han podido hacer llegar sus cartas á Hong Kong, para que desde allí las traiga á España el correo, se han mostrado avaros de explicaciones respecto al combate del día 1.º de Mayo, que tan malas consecuencias tuvo para la dominación de España en Filipinas; pero todos los remitentes están conformes en una cosa: en que la desdichada jornada de dicho día es de resultados funestos para la patria.

El combate de los trastos viejos que teníamos en Cavite, á los cuales llamábamos pomposamente escuadra, ha servido á los marinos para añadir una página de admiración y heroísmo á las muchas que escribieron en sus anales gloriosos. Esto dice un oficial del ejército que desde su puesto de tierra presencié el desigual combate entre la débil escuadra española y los acorazados yanquis.

La pelea comenzó á las cinco menocuarto de la mañana del día primero, rompiéndose el fuego por una batería de tierra, formada por dos cañones de grueso calibre sacados de los barcos. Después rompieron éstos el fuego y contestando la escuadra yanqui con una granizada horrible de balas de todos calibres que abrieron en los costados de nuestros buques enormes boquetes, incendiándoles en parte, como ocurrió con el «Cristina».

No obstante la desigualdad de medios con que se luchaba, los nuestros se defendieron con verdadero tesón, durante la desigual contienda cerca de cinco horas. Los buques que se batieron son el «Cristina», «D. Juan de Austria», «Isla de Luzón», «Isla de Cuba», «Ulloa» y «Marqués del Duero».

La escuadra americana puso fin á su hazaña cañoneando al indefenso trasatlántico español «Isla de Mindanao», el cual fue incendiado al segundo disparo que se le hizo.

Crónica Madrileña

SUMARIO: En la misma situación.— Sigue la vergüenza.—Tamayo y Baus.—Lo que fueron.—La miseria.— Dos dramas del Infortunio.
En nada ha variado el estado de los espíritus desde que escribimos nuestra anterior crónica.

La angustia que en los corazones han metido las noticias que de algun tiempo acá se reciben de Filipinas, continúa, y continúa agrandándose, porque la situación es mas crítica á medida que corre el tiempo.

Los rumores de capitulación no se han visto convertidos en terribles verdades; pero las noticias que los cablegramas traen son cada día mas graves, y por esto de un momento á otro se espera recibir tan desgraciada nueva.

Durante bastante tiempo los ánimos han vivido en una esperanza consoladora, por habérsenos hecho creer que la escuadra encerrada en la bahía de Santiago se hallaba camino de Filipinas; pero ya hemos visto no era cierto, y aquella esperanza ha desaparecido y hoy todo son pesimismo y dolores.

Y no por esto solo vivimos en una atmósfera irrespirable todo amarguras y anatemas, desengaños y maldiciones, miserias y egoísmos.

Esa nueva vergüenza, que llamamos Suscripción Nacional... sigue recibiendo sumas que por lo insignificantes se adivina quien las entrega, y por esto sabemos que los ricos, los poderosos, aquellos de quien la patria solo demanda dinero, continúan teniendo corazón de mármol, acaso solo sensible cuando quien lo posee se entrega al recuento de papel del Estado, de acciones del Banco, de ferro-carriles ó de minas....

Una nota enérgica, viril, tan hermosa ó mas que otras ya registradas, han dado en esto de la Suscripción Nacional los españoles que residen en las repúblicas hispano-americanas.

¡Han enviado 500.000 francos!
¿A qué comentar esto?
No, no comparemos esta conducta con la observada por muchos españoles que bastante dolor producen ya tantos egoísmos y tanto desamor.

Las Letras y las Artes están de duelo. Tamayo, el poeta que con solo una obra conquistó un puesto de primera fila entre los más preclaros autores dramáticos, y Haas, el paisajista por excelencia, el maestro de dos generaciones de pintores, han muerto.
¡Qué dos figuras más grandes del mundo intelectual nos ha arrebatado la parca en estos días!
Aunque de los dos solo uno había na-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 954

CARLOS II EL HECHIZADO

955

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 958

críficos, dirisís, señor, que era imposible? ¿Pronunciaría el monarca más bondadoso y magnánimo de la tierra esa palabra sin esperanza, esa expresión sin consuelo?

—Pues qué, exclamó el rey levantándose y tratando de retirarse, ¿son acaso esas personas los amigos del conde de Santisteban?

—Son ellos, señor... más aún, es el mismo conde y su esposa Enriqueta Ponzoa los que en este instante van á caer á los pies de V. M.

El duque se desvió rápidamente del monarca, y abriendo la puerta tras la cual habían quedado sus protegidos, hizo una señal para que éstos entrasen en la cámara del rey.

Carlos quedó inmóvil, petrificado, sin comprender nada de lo que veía. El conde, aquella persona á quien la Inquisición iba á ejecutar á las doce, estaba delante de él, libre, sereno, vestido de capitán de sus guardias, y como si no le amenazase la cuchilla del verdugo. Enriqueta, aquel único ensueño de su vida, aquella mujer á quien él creía haber tenido en sus brazos en una noche de amor y de delirio, se le presentaba de pronto convertida en esposa del conde para pedir la vida de éste con toda la energía de la belleza y de la justicia. El conde, aquel severo castellano, que tan noblemente

había rehusado una pasión que manchaba su honra, se le ponía delante como un recuerdo acusador; la marquesa de Villouraz, testigo de su cariño hacia la joven en la noche del baile, venía detrás como para celarle en cara aquella aventura; y por último, León Bravo y Martín Alvarado cerraban aquel cortejo, como recordándole que ellos eran los que en el espacio de dos meses habían cruzado el Atlántico, habían luchado con noble y desesperado valor, y lo más grande aún, que habían salvado la funesta crisis en que estaba envuelta España, trayendo los cuarenta millones de reales para sostener las guerras del Milanesado y de Cataluña.

Todas estas ideas pasaron rápidamente por la imaginación de Carlos, y lo aterraron. Aquellas figuras imponentes que avanzaban hacia él, le recordaron su ingratitud y su olvido.

Enriqueta y su esposo cayeron de rodillas á sus pies, y la primera los bañó con sus lágrimas por un momento, hasta que pudo pronunciar estas palabras:

—¿Señor? perdón para mi esposo...

—¿Enriqueta? exclamó Carlos levantándose, seducido por tanta hermosura, y conmovido por tanto dolor.

—¡Oh! déjeme V. M. aquí á sus plantas, prosiguió

nuestra inocencia digo, y lo repetiré á la faz de esos cien mil espectadores que siempre acuden á presenciar estos sangrientos espectáculos, porque mi esposo es inocente, señor... bien le consta á V. M. El único delito de mi esposo es haber defendido el honor, injustamente calumniado de una desgraciada; y aunque esa calumnia descendía del mismo trono, aunque haya dado pávulo á ella inadvertidamente, pues no puedo traer que sea de otro modo, el rey de España y de las Indias, ó lo que es lo mismo Carlos II de Austria, vendrá un día en que compareceréms delante de Dios, y entonces...

Carlos dió un grito al oír aquella entonación solemne, y con el cabello erizado, la mirada errante y sombría, contestó de pronto:

—¡Oh! callad, callad, Enriqueta; no nombres á Dios en las cosas humanas. La justicia de cielo es inefable; la de la tierra puede equivocarse... Pero hay derecho para insultar la ingratitud; cuando un deber de galantería...

Santisteban al oír aquella frase se puso de pie y obligó á levantar á su esposa. Pálido, con la mirada limpia é inmóvil, en cuyo centro brillaban mil rayos de luz, como si un foco de fuego hierviese en el fondo de su pupila, se acercó á aquel rey de los mundos; y le dijo: